

— Convenido. Ahora, venga usted conmigo. Vamos en busca de la niña.

— ¡Ah! dijo Fauchelevent. ¡Hay una niña!

Y sin añadir una palabra más, siguió á Juan Valjean como el perro sigue á su amo.

Mé dia hora no habia transcurrido aún, cuando Coseta, cuyas mejillas habian adquirido un hermoso color de rosa ante la llama de una buena lumbre, estaba durmiendo tranquilamente en la cama del viejo jardinero. Juan Valjean se habia puesto su corbata y su levita; tambien encontró y recogió el sombrero que en sus apuros habia arrojado por encima de la pared. Mié ntras que Juan Valjean se ponía su levita, Fauchelevent se quitó su rodillera de esquilon, y la colgó de un clavo, junto á una canasta, viniendo así á ser ahora un adorno en aquella pared. Los dos hombres se calentaban apoyándose en una mesa en que Fauchelevent habia puesto un pedazo de queso, pan bazo, una botella de vino y dos vasos, y el viejo decia á Juan Valjean poniéndole una mano sobre la rodilla :

— ¡Ah, tío Magdalena, no me reconoció usted en seguida! ¿salva usted la vida á las gentes, y las olvida después? ¡Oh, eso no está bien, ellas se acuerdan de usted! usted es un ingrato!

X

DONDE SE EXPLICA CÓMO JAVERT PERDIÓ LA PISTA

Los acontecimientos cuyo reverso, digámoslo así, acabamos de ver, se habian verificado en las condiciones más sencillas y naturales.

Cuando, en la noche misma del dia en que Javert le prendió junto al lecho de muerte de Fantina, se escapó Juan Valjean de la cárcel municipal de M., la policía creyó desde lué go que el presidiario evadido habria debido dirigirse á París. París es un verdadero *malstroem*. un pozo airon, un laberinto donde todo se pierde y todo desaparece en esta profundidad del mundo como en la profundidad del pié lago. No hay selva que oculte tanto á un hombre como esta muchedumbre. Los fugitivos de toda especie saben esto muy bien, y van á París como á un tragadero, pues hay tragaderos que salvan, en vez de devorar. La policía tambien lo sabe, y por eso busca ella de ordinario en París lo

que ha perdido en otras partes. El ex alcalde de M. era objeto de sus constantes pesquisas en la capital, al frente de las cuales colocaron á Javert haciéndole venir á París expresamente con ese objeto. En efecto, Javert ayudó poderosamente á capturar á Juan Valjean ántes de ir la segunda vez á presidio. El zelo y la inteligencia de Javert fueron notados en aquella ocasión por M. Chabouillet, secretario de la prefectura en la época del conde Angès. M. Chabouillet, quien por lo demás, habia protegido ya á Javert, agregó al inspector de M. á la policía de París, donde fué por diversos conceptos y, lo diremos, aunque parezca extraña é inesperada esta palabra tratándose de tales servicios, de una manera honrosa, bastante útil.

Ya no se acordaba él de Juan Valjean, — pues, á estos perros siempre de caza el lobo de hoy les hace olvidar el lobo de ayer, — cuando hé aquí que en Diciembre de 1823, leyó un periódico, á pesar de que no tenía la costumbre de leerlos; pero Javert, hombre monárquico, habia tenido gusto en saber los detalles de la entrada triunfal del « príncipe generalísimo » en Bayona. Al concluir el artículo que le interesaba, le llamó la atención un nombre que vió en la parte baja de una página. Este nombre no era otro que el de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean habia muerto, y publicaba el hecho en terminos tan formales, que á Javert no le quedó la menor duda; limitándose á decir: *esa es la mejor cadena*. En seguida arrojó el periódico y no volvió á pensar más en esto.

Algún tiempo despues sucedió que la prefectura de Seine-et-Oise transmitió una nota á la prefectura de policía de París relativa al rapto de una niña, rapto que habia tenido lugar, segun se expresaba en la nota, con ciertas circunstancias particulares, en el pueblo de Montfermeil. Una niña de siete á ocho años, decia la nota, confiada por su madre á un posadero de aquel lugar, habia sido robada por un

desconocido; esta niña, á quien daban el nombre de Coseta, era hija de una prostituta llamada Fantina, muerta en el hospital, no se sabe dónde ni cuándo. La nota así concebida pasó por los ojos de Javert, y le hizo cavilar.

El nombre de Fantina le era bien conocido. Recordaba que Juan Valjean le habia hecho reir á carcajadas, pidiéndole una tregua ó próroga de tres dias para ir en busca de la niña de aquella mujer. Tambien recordó que Juan Valjean habia sido preso en París en el momento en que subia á la diligencia de Montfermeil. Y áun ciertas indicaciones habian hecho creer en aquella época que era la segunda vez que entraba en aquel carruaje; que la víspera habia hecho ya una primera excursion á las cercanías de dicho pueblo, puesto que no se le habia visto en el pueblo mismo. ¿Qué iba él á hacer á aquel país de Montfermeil? nadie habia podido adivinarlo. Ahora ya lo comprendia Javert. La hija de Fantina se hallaba allí y Juan Valjean iba en busca de ella. Pues bien, esta niña acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podria ser este desconocido? ¿Seria tal vez Juan Valjean? pero Juan Valjean habia muerto. — Sin decir nada á nadie, Javert tomó el carruaje del Plat-d'Étain, en el cul-de-sac de la Pianchette, y se plantó en Montfermeil.

Esperaba él encontrar allí un grande esclarecimiento; pero lo que halló fué una grande oscuridad.

En los primeros dias, los Thénardier, despechados, habian charlado mucho. La desaparicion de la Calandria habia causado bastante ruido en el pueblo. En seguida corrieron diferentes versiones de la historia, que al fin concluyó por ser robo de una niña. De aquí la nota enviada á la prefectura de policía. Sin embargo, una vez pasadas las primeras emociones, Thénardier comprendió al punto muy bien, con su admirable instinto, que nunca conviene llamar mucho la atención del señor procurador del rey, y que

sus quejas, á propósito del *raptó* de Coseta, podrian tener por primer resultado el fijar en él, Thénardier, y en muchos negocios turbios que él tenía, la vista de lince de la justicia. Lo primero que no quiere el buho es que le traigan una luz. Y sobre todo, ¿qué explicacion daría acerca de los mil quinientos francos que habia recibido? Resolvió, pues, abreviar de razones, puso una mordaza á su mujer, y se hizo el sorprendido y admirado cuando le hablaron de la *niña robada*. Nada de esto comprendia; sin duda él se habia quejado en el primer momento, de que le « arrebataran » tan de improviso á su querida niña, que habria él querido conservar aún, por ternura, dos ó tres dias; pero era « su abuelo » el que habia ido á llevársela, y se la llevó del modo más natural del mundo. Habia él añadido el « abuelo, » lo cual hacia mucho bien. Sobre esta historia cayó Javert al llegar á Montfermeil. El abuelo hacia desvanecer completamente á Juan Valjean.

Sin embargo, Javert hizo penetrar y profundizar algunas preguntas, como otras tantas sondas, en la historia de Thénardier. — ¿Quién era aquel abuelo, y cómo se llamaba? — Thénardier respondió afectando la mayor sencillez: — Es un rico labrador. Yo vi su pasaporte. Creo que se llama el señor Guillermo Lambert.

Lambert es un nombre de buen sugeto y capaz de inspirar desde luego la mayor confianza. Javert, tranquilo, volvióse pues á París.

— El Juan Valjean está bien muerto, dijo para sí, y yo soy un papanátas.

Ya empezaba él á olvidar de nuevo toda aquella historia, cuando hé aquí que en el mes de Marzo de 1824, oyó hablar de un personaje raro que habitaba en la parroquia de San Medard, y á quien llamaban « el mendigo que da limosnas ». Segun decian las gentes, aquel singular personaje era un rentero cuyo nombre no conocia nadie de un

modo exacto, y que vivia solo con una niña de ocho años la cual no sabia tampoco nada acerca de él, sino que venian de Montfermeil. ¡Montfermeil! este nombre reaparecia siempre, é hizo enderezar las orejas á Javert. Un viejo mendigo, antiguo pertiguero, que hacia oficios de espía, y á quien aquel personaje solia dar limosnas, añadia algunos otros detalles. — Aquel rentero era un ente muy hueraño, — que jamas salia ántes de anochecer, — que con nadie hablaba, — á ménos que no fuera con los pobres, alguna que otra vez, — ni tampoco dejaba que se le acercase nadie. Llevaba una horrible levita vieja amarilla que valia muchos millones, pues toda ella estaba entretelada de billetes de banco. — Era ya esto más de lo necesario para picar la curiosidad de Javert. Deseoso de ver á aquel rentero fantástico sin asustarle, hizo que un día le prestara el pertiguero sus harapos y el sitio donde el viejo soplon solia acurrucarse todas las tardes gangueando sus oraciones y espiando á trasluz del rezo.

« El individuo sospechoso » se dirigió en efecto á Javert así disfrazado, y le dio su limosna: en el mismo instante levantó Javert la cabeza, y el sacudimiento que experimentó Juan Valjean creyendo reconocer á Javert, Javert también le sufrió á su vez creyendo ver en el supuesto rentero á Juan Valjean.

Sin embargo, la oscuridad pudiera haberle inducido en error; la muerte de Juan Valjean era oficial; quedaban por consiguiente á Javert sus dudas graves; y en el caso de duda, Javert, el funcionario escrupuloso, no solia él echar el guante á nadie.

Siguió á su hombre hasta la casucha Gorbeau, é hizo hablar á « la vieja, » en lo cual no hubo gran dificultad. Con efecto, la vieja le confirmó el hecho de la levita forrada de millones, refiriéndole el episodio del billete de mil francos. ¡Ella misma le habia visto con sus propios ojos, le

había tocado con sus manos! Javert alquiló un cuarto, en el cual se instaló aquella misma noche. Se puso á escuchar á la puerta del inquilino misterioso, esperando oír el metal de su voz; pero Juan Valjean distinguió su bujía al traves de la cerradura y frustró el intento del espion guardando el mayor silencio.

Á la mañana siguiente, Juan Valjean levantó el campo. Pero el ruido de la moneda de cinco francos que él dejó caer al suelo fué notada por la vieja, quien, como oyese remover dinero, sospechó desde luego que trataba el huésped de marcharse, y se apresuró á prevenir á Javert. Aquella noche, cuando salió Juan Valjean, le esperaba Javert, detras de los árboles del boulevard, con dos hombres.

Javert había pedido auxilio de fuerza á la prefectura, pero sin decir el nombre del individuo á quien se proponia capturar. Este era su secreto; secreto que él había guardado por tres razones: primera, porque la menor indiscrecion podia dar la alerta á Juan Valjean; segunda, porque echar mano á un antiguo galeote evadido y á quien se creía muerto, á un penado á quien las notas del presidio habían clasificado en otro tiempo, y para siempre, *entre los malhechores de la especie más peligrosa*, era un triunfo magnífico, que los antiguos funcionarios de la policía parisiense no dejarían ciertamente á un lugareño rocién venido como Javert, quien temia que otros le arrebataran su galeote; tercera, en fin, porque Javert, en su calidad de artista, tenía el gusto de lo imprevisto. No le agradaban á él esos triunfos anunciados y cacareados que suelen desflorar hablando de ellos anticipadamente. Preferia elaborar en la sombra sus obras maestras, y darlas despues á luz de improviso.

De árbol en árbol, y despues de esquina en esquina, había seguido Javert á Juan Valjean, y no le había perdido de vista un solo instante; aún en los momentos en que Juan Valjean se creía más seguro, la vista de Javert estaba en él

clavada. ¿Por qué no se apoderaba en seguida Javert de Juan Valjean? porque dudaba todavía.

Es preciso no olvidar que en aquella época la policía no obraba precisamente con entera libertad; la libertad de la prensa coartaba un tanto la suya. Algunas prisiones arbitrarias, denunciadas por los periódicos, habían hecho mucho ruido, hasta en las Cámaras, é infundido cierta timidez á la prefectura. Atentar á la libertad individual, era entónces un hecho grave. Los agentes temian, pues, equivocarse; porque el prefecto la tomaba contra ellos, y cada error motivaba una destitucion. Es indecible el efecto que en aquella sazón habría producido en París este breve parrafito suelto, reproducido por veinte periódicos: — ¡Ayer, un abuelo, anciano cubierto de canas, rentero respetable, que daba un paseo con su nietecita, de edad de ocho años, fué preso por la policía y conducido al Depósito de la Prefectura como desertor de presidio! —

Añádase á esto que Javert tenía también sus escrúpulos personales; á las recomendaciones del prefecto, agregaba él las recomendaciones de su propia conciencia. En realidad, él dudaba todavía.

Juan Valjean sólo era visto de espaldas, é iba andando por la oscuridad.

La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el abatimiento, aquel nuevo contratiempo, aquella desgracia de verse obligado aún á huir, de noche, y á buscar á la ventura un asilo en París, para Coseta y para él, la necesidad de regular sus pasos por los pasos de una niña, todo esto, aún sin apercibirse él mismo, había cambiado enteramente el paso como el porte y tante de Juan Valjean, imprimiendo á su cuerpo cierto aire, cierto ademán tan senil, que la misma policía, encarnada en Javert, podia muy bien engañarse, y se engañó en efecto. La imposibilidad de acercarse demasiado, su traje de viejo preceptor emigrado, la declaracion de

Thénardier, que le hacía abuelo, y por último, la creencia de su muerte en el presidio, venían aún á aumentar las incertidumbres que se espesaban en el cerebro de Javert.

En un momento dado, hasta ocurrióle la idea de pedirle bruscamente su pasaporte. Pero si aquel hombre no era Juan Valjean, y si tampoco era un anciano y honrado rentero, probablemente sería algun osado y temible aventurero, profunda y hábilmente ingerido en la oscura trama de las maldades parisienses, algun peligroso jefe de bandidos, que daba limosnas para ocultar otros talentos, segun la vieja usanza de esa especie de vampiros. En este caso, tenía ciertamente sus afiliados, sus cómplices, y sus moradas diversas, para casos de apuro, adonde ahora iba á refugiarse sin duda. Todas aquellas vueltas y revueltas que él daba por las calles parecían indicar que aquel no era un buen hombre, como lo aparentaba. Apoderarse de él precipitadamente, era tanto como « matar la gallina de los huevos de oro. » ¿ Qué inconveniente habia en esperar ? Javert estaba muy seguro de que no se le escaparía.

Iba pues andando, bastante perplejo, dirigiéndose mil preguntas y haciendo otras tantas suposiciones acerca de aquel enigmático personaje.

Sólo bastante tarde ya, en la calle de Pontoise, fué cuando, gracias á la viva claridad que despedía una taberna, reconoció decididamente á Juan Valjean.

Hay en este mundo dos seres que se estremecen profundamente : la madre que encuentra á su hijo, y el tigre que encuentra su presa. Javert tuvo este profundo estremecimiento.

Desde el instante en que hubo reconocido positivamente á Juan Valjean, al temible galeote, se apercibió de que no eran más que tres, é hizo pedir refuerzo al comisario de policia de la calle Pontoise. Antes de empuñar un garrote de espino, bueno es ponerse guantes.

Este retraso y la estacion en la encrucijada Rollin para concertarse con sus agentes, le pusieron á pique de hacerle perder la pista. Sin embargo, no tardó en adivinar que Juan Valjean se proponia colocar el rio de por medio, entre sus cazadores y él. Inclino la cabeza y se puso á reflexionar, como un sabueso que apoya la nariz en el suelo para convencerse de que está en la verdadera via. Con su admirable rectitud de instinto, Javert marchó derecho al puente de Austerlitz. Una palabra dirigida al peajero le puso al corriente : — ¿ Ha visto usted á un hombre con una niña ? — Le hice pagar dos sueldos, contestó el peajero. Javert llegó sobre el puente á tiempo para ver al otro lado del rio á Juan Valjean atravesando con Coseta, á quien llevaba por la mano, el espacio iluminado por la luna. Le vió entrar en la calle del Chemin-Vert-Saint-Antoine; y en seguida pensó en el cul-de-sac Genrot, colocado allí como una trampa, en la única salida de la calle Droit-Mur sobre la pequeña calle de Picpus. Aseguró las grandes delanteras, como dicen los cazadores, enviando á toda prisa, y por un rodeo, á uno de sus agentes para que guardara aquella salida. Encontrándose en el camino con una patrulla que á la sazón entraba en el cuerpo de guardia del Arsenal, la requirió en su auxilio, haciéndose acompañar por ella. En este género de partidas, soldados son triunfos. Además es un principio reconocido que, para concluir con un jabalí, es preciso emplear toda la ciencia del montero y muchos perros. Una vez combinadas estas disposiciones, vió él ya á Juan Valjean cogido entre el cul-de-sac Genrot á la derecha, su agente á la izquierda, y él Javert detras, sacó su caja de rapé y tomó un polvo con la mayor fruicion. En seguida, empezó ya á solazarse, y como á divertirse con su presa. Tuvo momentos de infernal delicia; dejaba marchar á su hombre delante de él, en la íntima persuasion de que le tenía asegurado, pero ~~de~~ cuando al mismo tiempo

alejarse en lo posible el instante de capturarlo, ebrio de gozo al contemplarle ya preso y verle aún libre, cobijándole con su mirada, con esa voluptuosidad de la araña que deja aletear á la mosca, y del gato que deja correr al ratón. Los colmillos y las garras tienen una sensualidad monstruosa: el momento oscuro del animal aprisionado en su tenaza. ¡ Qué delicia encuentran en este ahogamiento!

Así Javert se hallaba en sus glorias. Las mallas de su red estaban sólidamente amarradas. Mostrábase él, pues, seguro del éxito; ahora ya no le quedaba otra cosa que cerrar la mano en un momento dado y á voluntad.

acompañado como iba, ni aun la idea de resistencia era posible; por más enérgico, por más vigoroso y desesperado que fuese Juan Valjean.

Avanzó, pues, Javert lentamente, sondeando y registrando á su paso todos los rincones de la calle como los bolsillos de un ladrón.

Cuando hé aquí que, llegado al centro de su red, ó de su telaraña, ya no encontró allí á la mosca. ¡ Había desaparecido, como por encanto!

Imagínese cuál sería su desesperación.

Interrogó la vigía de las calles Droit-Mur y Picpus: aquel agente, que se había mantenido imperturbable en su puesto, no había visto pasar al hombre.

Á veces sucede que un ciervo se eclipsa, es decir, que se escapa sin saber por dónde, bien que lleve la jauría sobre el cuerpo; y entónces los más expertos cazadores no saben qué decir. Davivier, Ligniville y Desprez se quedan perplejos. En un chasco de esta especie, exclamó Artonge: *No era un ciervo, era un brujo.*

De buena gana habría gritado esto mismo Javert.

El petardo de que fué víctima tuvo un momento de desesperación y de furor.

Es muy cierto que Napoleón cometió faltas en la guerra

de Rusia, que Alejandro las cometió igualmente en la guerra de la India, que también las cometió César en la guerra de África, como Cyro en la de los Scytas; pues bien, del mismo modo Javert cometió sus faltas en esta campaña contra Juan Valjean. Tal vez hizo mal vacilando en reconocer de cerca y cara á cara al antiguo galeote. Con la primera ojeada le habría bastado. Hizo mal en no aventurarse desde luego y prenderle lisa y llanamente en la casucha. Hizo mal en no capturarlo cuando le reconoció ya positivamente en la calle de Pontoise. Hizo mal en ponerse á deliberar con sus auxiliares en la encrucijada Rollin, á la claridad de la luna. Ciertamente es útil y conveniente consultarse, explorar las opiniones y pareceres de los demás, interrogar para conocer los de los perros que mayor crédito merecen. Pero nunca podrá el cazador tomar demasiadas precauciones cuando persigue animales inquietos, como el lobo y el desertor de presidio. Haciendo gala de los talentos artísticos de su profesión, preocupándose demasiado en poner á los sabuesos de su recoba en la vía directa, Javert alarmó á la pieza de que quería apoderarse, dándola con su estrépito la dirección del viento, y la dió tiempo y vagar para marcharse. Hizo mal, sobre todo, desde que hubo encontrado de nuevo la huella en el puente de Austerlitz, en jugar ese juego formidable y pueril de tener á un hombre como el que él perseguía pendiente de la punta de un hilo. Juzgóse él más fuerte de lo que era en realidad, y creyó que podría jugar al ratón con un león. Al mismo tiempo, dió pruebas de su demasiada debilidad, buscando y tomando refuerzos de todas partes. Precaución fatal, pérdida de un tiempo precioso. Todas estas faltas cometió Javert, sin que por eso dejara él de ser uno de los más sabios y más correctos espiones que jamás han existido. Era, en toda la fuerza de la expresión, lo que en términos de montería se llama un

perro sabio. Pero ¿quién es perfecto en este mundo?

Los más grandes estratégicos tienen sus eclipses.

Los grandes disparates se componen de ordinario, como las cuerdas gruesas, de una multitud de hebras. Tomad el cable hilo por hilo, coged separadamente todos los pequeños motivos determinantes, los romperéis uno en pos de otro, y despues diréis: ¡ No es más que esto! Pero trenzadlos y torcedlos juntos, y ya aquello es una enormidad; es Atila vacilando entre Marciano en Oriente, y Valentiniano en Occidente; es Annibal que se retrasa en Capua; es Danton que se adormece en Arcis-sur-Aube.

Como quiera que sea, en el momento mismo en que él se percibió de que Juan Valjean se le escapaba, Javert no perdió la cabeza. Persuadido de que el galeote desertor no podía hallarse muy léjos, estableció vigías en acecho, organizó ratoneras y emboscadas y removió el barrio toda la noche. Lo primero que vió, fué el desorden del farol cuya cuerda habian cortado. Indicio precioso, que sin embargo sirvió para descaminarle, haciéndole desviar todas sus pesquisas é investigaciones hácia el callejon sin salida Genrot. En este eul-de-sac hay paredes bastante bajas que dan á unos jardines cuyos recintos tocan con inmensos terrenos sin cultivo. Era evidente que Juan Valjean debia haberse fugado por allí. El hecho es que si él hubiera penetrado un poco más adentro en el callejon Genrot, lo habria hecho así probablemente, en cuyo caso estaba perdido. Javert exploró aquellos jardines y aquellos terrenos como si hubiera buscado una aguja.

Al amanecer, dejó á dos hombres inteligentes puestos en observacion, y se volvió á la prefectura de policia, avergonzado como un polizonte á quien hubiera preso un ladron.

LIBRO SEXTO

EL PETIT-PICPUS

I

CALLE DE PICPUS, NÚMERO 62

Hace medio siglo, nada se asemejaba tanto á cualquiera puerta cochera como la puerta cochera del número 62 de la callecita de Picpus. Entre abierta habitualmente, de la manera más seductora, aquella puerta dejaba ver dos cosas que nada tienen de fúnebre, á saber, un patio rodeado de paredes tapizadas por una gran parra, y el rostro de un portero ocioso. Por encima de la pared de enfrente descollaban corpulentos árboles. Cuando un rayo de sol alegraba el patio, cuando un vaso de vino alegraba al portero, era difícil pasar por delante del número 62